

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINGO DEL ROSARIO.

*Pietas ad omnia utilis est,
promissionem habens vitæ,
quæ nunc est, et futuræ.*

1.ª AD TIM. IV, 8.

La piedad vale para todo:
porque tiene la promesa de la
vida, que ahora es, y de la que
ha de ser.

Vivimos en los tiempos peligrosos que anunciaba el Apóstol de las gentes. Andan erguidas la impiedad y la corrupcion, prevalece la fuerza contra el derecho, el vicio contra la virtud, la iniquidad contra la justicia, el reino del mundo contra el reino de Dios, la Santa Iglesia Católica contra la cual se levantan airadas las pasiones, pidiendo que sea arrancada de la tierra de los vivientes, iluminada con los rayos de su luz, y fecundada con la virtud maravillosa de sus obras.

El deber de los católicos, dada la penosa condicion de los tiempos presentes, es defender á la Iglesia con tanto mayor ahinco cuanto mas oprimida la vemos bajo el peso de graves calamida-

des. Y al paso que procuremos cuanto sea de nuestra parte en defender la autoridad y los derechos de nuestra Madre, debemos orar sin intermision como quien sabe que solo del cielo puede venir el remedio para los grandes infortunios de nuestra época. La voz de Leon XIII ha resonado de nuevo en el mundo para decirnos que procuremos merecer con esmerados obsequios, el amparo de la Madre de Dios, la siempre Virgen Maria, Nuestra Señora, la cual á fuer de medianera cerca de Dios, y á título de dispensadora de todas las gracias divinas, defiende, socorre y patrocina largamente á los hijos de la fé que entre azarosos y árduos combates camioan á la conquista del reino de los cielos, su pátria eterna y bienaventurada. Y entre las devociones con que la piedad cristiana se dirige á la Virgen

María, ninguna mas tierna, mas popular, ni mas aceptable que la devoción del Santo Rosario, del cual podemos afirmar que vale para todo, para curar las llagas del corazón humano, para santificar la familia y regenerar la sociedad, y es necesario para aplacar la justicia de Dios, para sofocar las pasiones, y fomentar las virtudes, para librarnos de los males presentes, y alcanzar los bienes futuros.

Para excitar en vuestros corazones los sentimientos de amor y veneración a la Madre de Dios, y Madre nuestra, os haré ver la virtud y eficacia del Santo Rosario.

En todos los siglos cristianos ha florecido la devoción a la siempre Virgen María y desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días el pueblo cristiano acudió siempre a la Madre de Dios en trances apretados y descansó tranquilamente en el regazo de su maternal bondad: prueba inequívoca de la fé, del amor y confianza que justamente inspiró a la Iglesia católica el poderío de la que se sienta como Reina en brillantísimo trono a la diestra de su Hijo, Rey de los siglos inmortal é invisible.

Pero esta fé en el patrocinio de

María, esta ardiente y filial devoción del pueblo cristiano a la poderosa Reina del cielo ha brillado con mas vivos fulgores siempre que ora las persecuciones de los poderosos, ora la audacia de los impíos, ora la corrupción de las costumbres han puesto en balanza la fuerza y constancia de la Iglesia católica, columna y firmamento de la verdad. Entre las devociones que han alcanzado más crédito en las naciones católicas, descuella el Santo Rosario gozosa canción de la fé, de la esperanza y de la caridad. ¿Quién no recuerda las victorias alcanzadas por los cristianos merced a la eficacia del Santo Rosario? Nadie de vosotros ignora, dice Leon XIII, cuantos trabajos y duelos acarrearón a la Iglesia de Dios, los herejes albigenses que descendientes de los maniqueos cubrieron de abominables errores las comarcas meridionales de Francia y otras regiones del nombre latino; y llevando por todas las tierras el terror de las armas pretendian soberbios establecer con estrago y desolación el triunfo de su tiranía.

Contra semejantes bravísimos enemigos, levantó el Dios de las misericordias un varón santísimo, el gran Domingo de Guzman, inclito Padre y fundador de la ór-

den dominicana. Grande por la pureza de su doctrina, por la santidad de su vida, y por su valor apostólico, tomó sobre sí la defensa de la Iglesia, poniendo su confianza, no en la fuerza ni en las armas, sino en la devoción del Santo Rosario, que él ordenó y predicó, haciendo que las *Ave-Marias*, rosas delicadas nacidas en el cielo y del cielo enviadas á la tierra, fuesen, á la par que la ruina de los herejes, alimento sabroso de la piedad cristiana. Gloria á la Virgen María que entregó á Santo Domingo el Santo Rosario, adorable tesoro de doctrina, de gracias y mercedes que habian de ser fecundas en gloriosas bendiciones y preciosas conquistas. Gloria al héroe cristiano, al esforzado paladin de la Iglesia que derribó los muros de la herejía al eco del Salterio de la Virgen. Gloria á los padres predicadores que llevaron á países remotos, y á regiones perturbadas la devoción del Santo Rosario, y con ella el conocimiento de Dios, el de su Hijo, Jesucristo, el del Espíritu Santo, y las glorias de María, Madre de Dios, Hija de Dios y Esposa del Espíritu Santo.

¿Quién no recuerda con gozo las grandes conquistas logradas á la invocación de María ciento cincuenta veces repetida? ¿Quién

ha olvidado los nombres de Ostia, Lepanto, Granada, y las mil victorias, y los mil trofeos que vienen á la memoria, con solo hablar del Santo Rosario, armadura inquebrantable de los ejércitos cristianos? Con solo indicar los nombres de Leon IV, de San Pio V, de Felipe II, de D. Juan de Austria, del Conde de Montfort se ofrecen como vivísimo recuerdo á la imaginación cien batallas formidables, y victorias gloriosísimas, empeñadas por el triunfo de la fé y ganadas por la intercesión de María, cuyo nombre invocado por los soldados cristianos y cantado por calles y plazas fué motivo de arrojo en los ejércitos de Cristo y asunto de pavor para las huestes de la infidelidad y de la herejía. De aquí aquellos esclarecidos encomios con que á porfía saludaron á la Señora de las victorias, apellidándola *Auxilio de los cristianos*, *Dispensadora de las gracias*, *Consoladora de los afligidos*, *Arbitra de sucesos escabrosos*, causa de la paz, triunfadora de los infieles y herejes. Entonces como ahora, y siempre será una verdad eminentemente práctica que la piedad sirve para todo, y especialmente la reina de las devociones, el Santo Rosario, martillo del error y de la impiedad, poderoso

ariete para destruir las fabricaciones de la herejía y de la barbarie. Levante su cabeza la serpiente de la soberbia, de la impiedad, del racionalismo; la profecía se cumplirá, á saber; la cabeza de la serpiente será aplastada por la planta virginal de María.

Comprended ahora lo que tiene de eficaz, de tierno, de patriótico, de social, de sublime, de consolador la devoción del Santo Rosario, Rezadlo con fervor, meditated sus misterios, sus enseñanzas, las bellezas que contiene, y confiad. La fé obra maravillas. La victoria será de la piedad. El mundo es su conquista y el cielo su recompensa. *Pietas ad omnia utilis est.* La Reina del cielo ha de reinar siempre en la tierra sobre el reinado soberbio de los hombres. Que canten el Salterio de María padres é hijos en el hogar, los fieles en el templo, y formados procesionalmente aclamen ciento cincuenta veces á la Reina del mundo y hagan resonar con vibración augusta por calles, plazas y campos el dulcísimo nombre del *Padre nuestro que está en los cielos, de la siempre Virgen María, y de Jesús fruto bendito de su vientre.* Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé integra, fervorosa,

inquebrantable, y la confianza absoluta, ilimitada en el poderío de la Virgen, expresada por la devoción del Santo Rosario. Reconoced la eficacia y virtud soberana de esta devoción en los frutos maravillosos que ha producido y en los consuelos que ha derramado sobre las víctimas del dolor y de la tribulación. Por lo cual fueron tan grandes San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Francisco de Asís y de Paula, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, los hijos de San Agustín y de San Bernardo y todas las órdenes religiosas y todas esas comunidades y congregaciones de varones eminentes y de mujeres heroicas que llevan el Santo Rosario como emblema de sus santas empresas, como escudo de sus grandes virtudes, como bandera de las obras sublimes que llevan á cabo en beneficio de la civilización y para consuelo de las clases desvalidas y menesterosas. En la invocación de la Virgen por medio del Santo Rosario se inspiraron nuestros padres para llevar á digno remate esas hazañas heroicas que guarda nuestra historia en páginas de oro y que tanta gloria reflejan todavía sobre nuestra frente. España fué grande por su fé en Jesucristo y por su devo-

cion á María. El Santo Rosario, estandarte de civilizacion que ennoblece y dignifica al género humano, ha sido siempre la devocion predilecta de los españoles, y los santos que brillan como astros en el cielo de nuestra patria, y los varones doctos, y los bizarros capitanes, y nuestros grandes reyes, y nuestros eminentes artistas, y nuestros magnates como los pobres y humildes rezaban el Santo Rosario muy satisfechos de invocar á la Reina de los ángeles y de los hombres, á la excelsa Madre de Dios y Madre Amorosa del género humano, redimido de torpe servidumbre con el sacrificio de la Cruz.

Pero ¡qué dolor! La herejía no ha muerto, no ha muerto la impiedad que pone lengua sacrílega en la pureza de María y combate su culto con ánimo de extinguir el espíritu de piedad y devocion en el corazón de los hombres.

Hay entre nosotros una turba de incrédulos que no creen, ó fingen que no creen en Jesucristo, que no aman á la Virgen, para los cuales es insufrible la piedad, el culto, las procesiones, los cánticos sagrados, el Sacerdocio, la familia arreglada, todo lo que es demostracion fervorosa de obediencia, de fidelidad, de patrio-

tismo, de la nobleza de sentimientos y del imperio inquebrantable de la Religion. Hay hombres desgraciados que no oran, ni esperan, ni aman, y tienen por supersticioso el culto de María, por fanatismo la devocion, por retroceso la piedad y por oscurantismo la fé de nuestros padres.

Y vemos con dolor que la niebla de la incredulidad ha penetrado en las almas, oscureciendo la llama de la fé, y logrando que los sentimientos católicos pierdan su rutilante brillo como el pulimentado acero en la atmósfera salitrosa. ¿No es verdad que los impíos prevalecen, y que los pueblos y las familias van perdiendo poco á poco la fé, las virtudes cristianas, el fervor de la piedad y la devocion del Santo Rosario? ¿Y se extrañará que los pueblos se corrompan, que la familia se disuelva, y que vengan sobre la sociedad castigos y calamidades en forma de terremotos, de pestilencias, de tempestades, de hambres, y guerras y conmociones sociales?

Decid vosotros con el Apóstol que la piedad es útil para todo y que en ella están vinculadas consoladoras promesas para la vida presente, y gloriosas realidades para la futura.

Sed amantes devotos de María,

y espresad este amor filial por medio del Santo Rosario, cuya eficacia ha sido encomiada y enaltecida por los Romanos Pontífices, por Urbano IV que testificó ser indudable que *por el Rosario llueven todos los días bendiciones sobre el pueblo cristiano*; por Sixto IV que dijo ser el Santo Rosario *el modo de orar mas adecuado ya para honrar á Dios y á María, ya para alejar del mundo lastimosas calamidades*; por Leon X que apellidó el Rosario *institucion contra los heresiarcas y herejías pestilentes*; por Pio V que decia: Al propagarse esta devocion, los cristianos encendidos con la meditacion de los misterios, inflamados con la recitacion de los preces comenzaron á sentirse trocados en otros hombres, las tinieblas á desaparecer, y á difundirse la fé católica; finalmente por Leon XIII que en su preciosa Bula *Supremi Apostolatus* nos exhorta á *seguir constantes en la práctica del Santo Rosario, tenido por nuestros padres como eficaz remedio de males y como contraseña de cristiana piedad*. Consagremos, pues, como quiere Leon XIII, todo el mes de Octubre que es el mes del Santo Rosario en honor de la Santísima Virgen, y sirvanos de estímulo la riqueza de gracias, indulgencias, y misericordias que con-

cede á los devotos de María el Vicario de Jesucristo.

Grandes son las tribulaciones de la Iglesia, los infortunios de la sociedad y los peligros de las almas. Solo de Dios podemos esperar el remedio por la intercesion de María que goza de gran poderío para destruir todas las herejías, para aplacar la cólera de Dios, para lograr que el Señor, movido á clemencia se apiade de la familia de la Iglesia y de la sociedad. Pidamos con fervor, pidamos á María que se compadezca de nuestras desventuras presentes y que despues de este destierro nos muestre á Jesús, fruto de su vientre y gloria de los escogidos, Amen.

VARIETADES

Leemos en un periódico norte americano.

«En montreal (Canadá) ha causado grande admiracion la maravillosa cura de un jóven baldado, ocurrida en el santuario de Santa Ana Beampré, donde tantas otras personas han recobrado milagrosamente la salud.

»El jóven, que habia sido sometido á tratamiento facultativo, infructuoso por tres meses en un hospital, se acercó al altar arrastrandose con sus muletas; besó las reliquias de la santa y sintió un escalofrio recorrer todo su cuerpo. Se le cayeron las muletas y se enderezó sin ayuda ajena, y sintiéndose ágil y bueno

echó á andar. En el templo dejó las muletas como testimonio de su maravillosa curacion.»

Una hermosa predicción de un profeta dice que, los tiempos venideros verian, no un solo templo, sino muchos, y á todas horas ofrecido el sacrificio. Esto se ha verificado despues del Cristianismo, y en nuestros días, porque no hay una sola hora en que no se ofrezca el santo sacrificio de la Misa. Cuando en Paris es media noche, se celebra en los vicariatos de Chen-su, Le-Tchen-lu y Yu-Nan, en Siam, y Malaca; á la una en la India, Ceylan; á las dos en los vicariatos del Malabar (Maissur, Goa y Bombay); á las tres en las islas de Borbon y Madagascar; á las cuatro en Persia, Palestina y parte de Rusia; á las cinco en Polonia, Austria y Egipto; á las seis en gran parte de Europa, España, Italia, Francia, Inglaterra, y así hasta la una de la tarde (hora de Paris), en que se celebra la Misa en Tejas, Missouri y parte de Méjico; á las dos en las montañas Berroqueñas; á las tres en California y Oregon; á las cuatro en el archipiélago oceánico; á las cinco en parte del mismo (Pomotu y Sandwich); á las seis en las islas Tonga y otras oceánicas; á las siete en la Australia oriental; á las ocho en la Nueva Caledonia y nuevas Hébridas; á las nueve en el archipiélago Viti; á las diez en las Molucas, Filipinas, Corea y Japon; á las once en Australia, Java, Shangai, Pekin y Nankin. Las palabras del profeta se ven cumplidas.

CONVERSION NOTABILÍSIMA.

En medio de las angustiosas circunstancias sanitarias que nos rodean y de las noticias y comentarios concernientes al conflicto hispano-germánico, apenas se ha fijado la atención en un hecho digno, por cierto, de tener gran resonancia. Nos referimos á la muerte cristiana de Augusto Vera, senador de Italia y catedrático de Filosofía en la Universidad de Nápoles.

Los que estén, siquiera medianamente inpuestos en el movimiento intelectual contemporáneo no pueden desconocer que el profesor Vera, hombre de grande ingenio y de profundos estudios, habia sido propagador entusiasta de la filosofía hegeliana en Italia, habiéndose propuesto, en consorcio con el apóstata Spaventa, *germanizar* la filosofía italiana, esto es, eliminar su espíritu católico y sustituirle por las nebulosidades y funestimas teorías del panteísmo alemán.

Pero Dios se compadeció del sábio extraviado, y Vera no fué rebelde al toque de la divina gracia. Recibió en su reciente última enfermedad, con amoroso respeto, la visita del Arzobispo de Nápoles, Cardenal Sanfelice, y despues de haberse confesado con el P. Borrell, delegado del Cardenal, se retractó de sus errores, recibiendo luego con fervor edificante el Viático y la Uncion y murió en la paz del Señor.

Grandemente interesaria que la muerte de Augusto Vera fuese conocida de tantos que, quizás sin saberlo, son en mayor ó menor grado, discípulos suyos. Los que siguieron á tal maestro en su

tan porfiada hostilidad al magisterio de la Iglesia, debieran ahora imitarle en su laudable conversión.

UN REQUIEBRO DEL DIABLO

Ó VERÓNICA DE MILAN.

LEYENDA MILANESA.

Tu sei bella ó Lisa
Bella da vero.

Hace siglos que en Milan vivía una familia honrada, pero pobre, compuesta de marido, mujer y una hija.

Nada mas dulce que esta niña, pura y bella como los ángeles.

Sus padres, devotos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, la llamaron Verónica, y la niña se envanecía tanto de llevar este nombre que todos los días quitándose del sueño meditaba la Santísima Pasión de Nuestro Divino Redentor.

—¡Qué hermosa eres Verónica! la decían los mozos milaneses al encontrarla por las calles. Pero ella no les hacía caso y proseguía su camino, y cuando sus ocupaciones se lo permitían, se dirigía á la iglesia del convento de Santa Marta, y después de haber oído la primera misa, comulgaba con las religiosas Agustinas que allí se albergaban. Las buenas monjas la llamaban: *La niña con cara de ángel*.

Verónica, envuelta con su pobre mantilla de algodón blanco, se quedaba arrobada después de recibir la sagrada Eucaristía, y solo se la oía esta oración:

—¡Dios mío! ¿qué día será aquel en el cual me tomareis por esposa?

Después la jóven se levantaba é iba á

su tarea cotidiana, pues trabajaba todo el día para ganar su sustento y auxiliar á sus padres.

En la tarde de un día festivo se acercó al locutorio del convento de Santa Marta y pidió por la Madre abadesa. Llena de temor, aguardó junto á la reja.

La buena religiosa salió, y al encontrarse con la jóven, á quien conocía de vista, se alegró y dijo:

—¿Eres tú, hija mía? y bien ¿qué quieres?

La jóven bajó la cabeza y sus mejillas se volvieron de color de grana.

—Quisiera ser religiosa de este convento, contestó Verónica con voz cortada, y añadió con acento de tristeza, llenándose sus ojos de lágrimas: Soy pobre, Madre Abadesa, y tal vez esto lo impedirá.

—Pareces una buena muchacha, observó la Prelada, y tal vez las circunstancias suplirían la dote ¿Sabes leer?

—¡Ay, no! contestó la jóven. La pobreza de mis padres no les ha permitido darme maestros y, por otra parte, todo el día y porción de la noche debo emplearlo en el trabajo sin tener tiempo para estudiar.

(Concluirá).

